Carcharodon (poesía espontánea)

juan lafont

Image not found.

Capítulo 1

con los ojos cerrados.

no vamos más allá de palabras en desuso,
de términos arcaicos sin interés actual,
tapas de cuero negro sin pulgares por gastar.
pulidas las tablas de mesas madereras
con el acrílico común de los codos
de motas de polvo transparente,
capa de invisibilidad.

arredrados por el no saber
de vasos vacíos a la mitad,
actrices sin conocer su texto,
manías persecutorias de ciento un ojos
observadores desde las aceras.

un sinsentido en pulmones llenos
del humo canceroso de cigarrillos alquitranados,
voces en otros idiomas que callan
a los oídos del sordo monóglota.

un kraken que embriagado en las manos incorrectas

produce errores al malgastar lo incorruptible,

cristales llenos de mugre opaca,

carteles que anuncian en las carreteras

la última salida.

las mismas calles repetidas bajo las farolas,

la música que no calla,

dientes de carcharodon penden de las ventanas;

acabar marchito en un florero

repleto de girasoles, estrellas pierden el camino,

basílicas sin santos, santidad hereje

en todas las pagodas.

Capítulo 2

Niebla por humedad.

hay tantas cosas en la niebla,

hay tantas cosas que podrían ser.

volara lo real sobre el agua

sin importar cualquier

sinceridad de las almas

en su propia amargura,

para aspirar los aires de otros.

y aquí estoy yo,

humilde servidor

de cada desheredado

en tierra por descubrir

sin ser un colón

con ambición,

pero poco importa

en el inhalar del aire

pues la expulsión

no es más

que vaho.

amo perderme en la niebla,

ser uno de esos seres

por siempre extintos.

Capítulo 3

perdedor.

la panorámica del paisaje se retuerce,

de horizontal a vertical,

los tobillos pierden ese fuelle

capaz en su pasado de sostener toneladas y gravedad,

las rótulas son puzzles de ciento cincuenta piezas

desparramadas por el firme de las aceras,

cada huella dactilar de las manos

cambia la identidad por la gravilla

que viola la carne y drena la sangre.

el sudor se oculta en las cejas, se balancea

en las pestañas, se lanzan al vacío

desde la punta de la nariz,

también de la barbilla. esas gotas a cada golpe

sobre el pavimento el sonido rotundo

de los pasos de elefantes en ecos mezclados

con el pulso de la sangre en los oídos.

un río de sal corre sobre mi columna,

riega mis costados, subterráneo en mi pecho.

quiero gritar y no grito.

quiero llorar, pero

no lloro.

y si acabase con todo,

qué pasaría...

a la respuesta, desconocimiento.

soy el mártir con el don de disfrutar,

en este extraño masoquismo,

una derrota extraordinaria a una victoria

mediocre.

Capítulo 4

te necesito en el aquí y ahora.

te necesito en el aquí y ahora.

te necesito allí donde estás,

porque aunque me creé un personaje

acostumbrado a la soledad

a veces la farsa se agrieta

y se descolcha y se cae.

termina mi yo surrealista

apretando los dientes

y volver a lo que nunca llamé

hogar.

a la desesperada en mitad de los bosques,

en una tienda de campaña sin cremalleras,

acechado por el hambre de las bestias,

corrompida mi sangre

de correr espantada,

músculos de hierro

carentes del frío,

el sentir de la punta de los dedos

húmedos y en círculos cansados,

una piel de gallina

que te tiene

poco miedo,

es aquí, tú, mi carne,

donde necesitaría igual tu cuerpo,

esconderme entre tus piernas,

quedar mareado por tus pezones diamantinos,

mareado de observarlos

hasta quedar bizco,

y sentir fogatas

en nuestros cuerpos,

hechos chispas

los besos

alumbrados por petardos,

gemidos de fuegos artificiales.

Capítulo 5

Cartero.

el cartero cada día

sin cumplir su obligación,

la tarea para que fue esclavizado,

confunde los buzones,

mío, por el de

mi vecino.

cartas para mi vecino,

apellidado Salazar,

asoman como una lengua

blanca

por la raja del metal

y su cerradura ,

solitario ojo.

colores de panfletos,

el vómito de un guiso

incapaz de poderse digerir,

sus ingredientes las ofertas

de tiendas de electrodomésticos,

supermercados o coches

usados.

un vómito sin dueño.

cuando por faltar al detalle

abro

un sobre con carta

para otro destinatario

el miedo al ridículo

hago lo importante en sus reclamos

confeti de colores blancos.

nunca digo nada al cartero,

ese esclavo desprovisto de sentido

de un deber de verde obligado

sino que lanzo confeti

en un festejo

de otro día

montaña de soles secos.

Capítulo 6

feliz año.

uno de mis gatos

al que llamamos Rasputín

preguntó con sus grandes ojos:

Entonces mañana

será todo distinto

por marcar el calendario

un número diferente

en lo que respecta

al año…

y el otro,

aquel llamado Goonie,

respondió,

pues yo no encontraba respuesta:

Mañana tendrá en común

ser otro día de mierda.

De manera

el nuevo año no tiene

importancia palpable,

susurró

el viejo Rasputín.

ahí fui yo quién

hablé,

para decir:

Es sólo

una excusa más

para caer borracho.

a coro dijeron:

Brindaremos

a tu salud

por la excusa de hoy,

mientras esperamos

ansiosos

la de mañana.

Capítulo 7

que conste.

para dejar constancia del hecho

miro el reloj de mi muñeca,

leo en sus manecillas las 14:45 exactas.

el día, un 18,

sábado de abril,

de este año quince del dos mil.

había despertado hace poco,

las noches me siguen sirviendo de escondrijo

y palpar de artes, ensayos teatrales, memorizar

y escribir letras.

moviendo las tripas en el baño

con el afán de no malgastar esos menospreciados segundos

leo un libro de uno de esos dioses creados

en mi particular olimpo.

descubro con sorpresa, la sorpresa

me lleva estupefacto al entusiasmo,

que me encuentro en una transmigración
del genio al dios,
el mío propio.

esa primera divinidad escribió tiempo ha
unas palabras que jamás leí hasta ahora,
y que sin leerlas, días antes, en uno de esos
asilos representados por la noche
rematé en la pantalla del ordenador
casi calcadas las palabras, con excepción de algún artículo
determinado por el indeterminado.

él las dijo antes que yo,
otro las diría antes que él,
y así hasta el comienzo de las letras,
no teniendo origen sino copia,
pero copia de hombres grandes,
sumándome yo ahora a esa cola.

Capítulo 8

relativo.

el calendario, la fecha del hoy,

indicaba una semana transcurrida

desde mi comienzo.

Una semana... le pregunté asombrado

y exclamé, Pero si siento

haber estado sufriendo este castigo

mil años.

Capítulo 9

sonrisa.

tanto ha que no sonrío
de esa forma tan sincera
convertida en etapas en sello,
mueca, firma,
identidad.

ya no sonrío como solía sonreír.

me pregunto si quizás mi cara
está hinchada por los golpes
enguantados de un púgil mejicano,
de esos pesos medios capaces de dejar
entre las cuerdas la sangre, la piel, el orgullo,
la vida.

el gesto es a cada momento, por pequeño
que parezca, más nimio, insignificante, todos
y cada uno de esos sinónimos
para la inexistencia y brevedad.

ya no sonrío como solía.

me pregunto si no sonreiré nunca más.

Capítulo 10

este romance sin don juan.

imagino a la muerte siendo mujer,
toda ella poderosa en su inmortalidad
presumida a pesar de recordarnos
la nuestra en particular.

sin alcanzar a vislumbrarla
la veo, detrás de mí, tras de mí.

sonriente con dientes de perlas esmaltadas,
tacón alto negro, medias negras con liguero,
un vestido, negro, por supuesto,
de falda corta y escote profundo,
las caderas sinuosas en el vértigo
de las curvas,
pechos que apenan pueden resultar prisioneros
de telas de agujas diestras.

la piel blanca, al estilo de los años treinta
del siglo pasado, el llamado sXX. sobre los hombros
el caer de una cabellera pelirroja

perfecto por ondulado.

sombra de ojos oscura,
labios de carmín carmesí
casi sangrantes.

y se mueve a casa paso bamboleándose sin perdones,
seduciendo a los que como yo
nada de alivio encontramos en esta vida
representada por una yonqui
enferma de cáncer en su fase terminal.

susurra la pelirroja que me imagino
algo inaudible cada noche
a mis oídos, me mata cada día,
su matón, ese tiempo.

imagino así a La Muerte,
como la femme fatale de un film noir.

imagínola así
para cuando se me ponga
al final de frente

me joda bien

jodido.

Capítulo 11

televisiones a oscuras.

sentía un placer extraño

traído por la curiosidad

cuando al mirar por la noche

en mis andares de aceras

vislumbraba ventanas desde las que

se

adivinaban

bombillas apagadas y televisores encendidos.

esa luz en su mayoría azul,

titilaba sin parar

al cambio de cada escena

en la pantalla.

alguien frente a ella,

singular o plural, consumía los tiempos previos

a las horas de cama y sueño.

que pasara esto en mi casa,

viera en ventanas de persianas sin chapar

los destellos del televisor en un cuarto oscuro

predecía sin error

la ausencia de mi padre.

nunca supe la razón

de que nos prohibiera

ver la televisión

a oscuras.

creo recordar sobre su excusa

el que dañaba la vista.

Capítulo 12

la vuelta al mundo.

hay que ver mundo,

señoras y señores.

hay que ver mundo

para abandonar las creencias

de ser el centro de los mundos.

vivir en el cuero

esa verdad,

entrada por los ojos

de una mente

sin juicios.

verlo todo,

alcanzar a comprender

los lugares donde pisamos.

hay que ver mundo

pues viendo mundo

seremos conscientes

de la existencia

como motas de polvo.

así podremos escapar

de la ignorancia,

de sus tentáculos cubiertos de ventosas,

en un giro de las tornas

agarrarlos en nuestras manos,

y como el pulpero de mi pueblo,

estrellarla,

restallar el silencio

con el sonido del golpe seco

contra las rocas de la costa,

hasta quedar blanda.

hay que ver mundo,

no queda otra,

hay que verlo,

y cuando creamos

haber visto suficiente,

entonces ver más.

Capítulo 13

se busca.

se busca hacha capaz
de cercenar esta cabeza
y con ella sus ideas.

cortar toda comunicación entre
los deseos del egoísmo y lo práctico
de la razón.

de filo agudo, para un tajo certero,
y así desprender la cabeza
con un único y sano movimiento.

a ser posible que la hoja esté limpia,
que, aunque vaya a terminar
maculada de gotas carmesí,
pueda verme en reflejos de metal pulido,
sin desvelar la mirada asombro,
sino paz de acabar si no lo estoy ya.

se busca sacacorchos y somelier

con maestría en eso de abrir botellas,
que no tendrá que destapar el corcho
de ninguna botella de vino
sino el de mi propio pecho.

será requerida experiencia, y añadir
al curriculum vitae presentado
algunas referencias; digamos,
de los tres últimos lugares de donde
se ha trabajado.

de serle más cómodo
traer sacacorchos propio.
a tener en cuenta:
se deberá sacar el corazón
en una sola pieza.

se busca punto y final.
para dar a buen término esta historia.

Capítulo 14

horas sin cambio.

le faltan horas a los días,

me falta la vida malgastada entre

la punta de los dedos,

bajo las uñas el olor al fósforo

que prende cada cigarrillo,

llenos los pulmones del humo

del tabaco deshilachado

en cuya cajetilla de color amarillo

un indio con tocado

fuma una pipa tan larga

como un brazo, no de un chiquillo,

sino el de un adulto

perdido en la escasez

aclamada, en este divagar.

sin ganar mi mano

cargada de buenos naipes

quito horas al sueño

de un cerebro en espiral,

pero sigo víctima de un axioma

de veinticuatro horas

que no cambia.

Capítulo 15

almohadas.

cómo dormir

si al día

le faltan horas.

cómo esconderme

tras la inconsciente

pagoda de lo irracional.

no hay axioma que

brinde esta falta

de tiempo finito.

faltan siempre

la verbigracia

de ese hierático retiro.

tantos pulmones

sobre la cama

que se desinflan;

tanto por decirnos,

más por olvidar.

estaría frente a la pantalla

en una somnolencia

pretendida de no

faltarme clarividencia.

ese pleonásmico defecto

de apagar obligado

es el camino

de la impaciencia

por abrir los ojos,

levantar las espaldas

rotas en tres pedazos

y volver

a sumar

dioptrías a estas gafas

de cristales arañados,

descolchada

la montura que

los sujetan,

caídas las orejas

aplastadas

por las almohadas

ensordecedoras

en el velar

de mí.

Capítulo 16

tiempo para algunos.

algunos

tienen

tiempo

para

perder;

yo,

ya

perdí

todo

él,

mi

tiempo.

Capítulo 17

4:25 a.m.

el dormitorio es la visión de los ciegos,

toda la casa está a obscuras.

se rompe la noche,

se calla

el silencio.

aún llueve al otro lado del cristal.

el cometido del despertador

sobre una mesilla

formada por libros.

saco mi brazo

muerto de frío.

no pude comprar nada mejor

y ahora uso

un viejo saco de dormir

para evitar

tiritar,

sin hallar

la placidez de los sueños.

ella sigue durmiendo,

encogida sobre sí misma,

desearía estar en situación

de imitarla.

en el baño sin luz

cierro la puerta,

echo el pestillo,

muevo el interruptor de on

a off

y como tengo cinco minutos por adelante

me masturbo.

eyaculo y eso me despierta,

es más placentero y sano

que cualquier taza de café,

colombiano, turco o yemení;

por encima de toda polémica

de gentes esclavizadas

en campos verdes con granos.

me lavo los dientes,

la luz de la batería

de mi cepillo eléctrico

a compartir titila,

es un rojo que hiere,

un rojo intermitente, señal

de un apagar próximo;

también se cansan

las máquinas al

mío contacto.

me enjuago la cara,

me peino.

haré de vientre

en los baños del trabajo.

la ropa me espera

en el salón,

allí entro y me desnudo,

es la parte más alejada de la casa,

ahí, relegado a un segundo plano

de la existencia de todos

me cambio, tirito hasta

dejar de sentir la piel

y el vello aguzado.

hasta que la ropa

secuestra mi calor propio,

lo hace suyo,

es el mimetismo de lo animado

con lo inanimado.

me armo con cartera

de recámara vacía,

unos auriculares

del que únicamente

funciona el derecho,

un gorro que tapa

aquello que importa,

y el teléfono móvil

con la batería al cien por

cien.

aún es de noche,

y de noche será

al timbrar su despertador.

rumbo al trabajo

sobre la bicicleta

de ruedas gastadas,

aire evadido,

cruzo calles sin poner

para ser un día más

el esclavo

de cualquier cabrón sádico.

Capítulo 18

nimiedades.

nunca fueron nimias

todas las gotas

de tu ansiada morfina

que caían

a través del pasillo

en tus venas

invadidas sin cuartel

por el cascarón de proa,

aguja de la jeringuilla.

mitigante del dolor

la consciencia moriría,

resistiría la conversación junto a las palabras,

aprisionadas de manos y pies

entre las cuerdas de tus gargantas,

en la habitación flotaba

el incómodo sonido

de programas de cocina,

catalizador de esos retazos

de humanidad reminiscente.

Capítulo 19

pescadero.

aprendiendo en ese

sin saber cómo

a pensar en la coronilla

de cada instante

de letargo

hallé rutas de piedras

gastadas por los pasos

en sandalias con suela

de piel y goma.

en el presente los músculos

sin una clarividencia de futuro

hacían lo que debían

en una distracción sin

percances de agonías.

un diletante lleno de

cardenales de colores obscuros

por las sangres agolpadas

bajo las pieles de esta bestia

de pelaje calvo y zarpa

mansa sin mostrar

defensa ante lo amenazante

de las cicatrices

cosidas con hilo de pescar

y anzuelos de pesca

con mosca.

dejaría en el aprendizaje

la racionalidad para los inquilinos

de un edificio de ladrillos

rojo, industrial de los años veinte,

de grandes puertas de metal

coronadas por un letrero

de madera corrompida por

la humedad de los puertos,

de la mar,

de la salitre de ese agua

demasiado bebida en

los naufragios de olas

sin espuma ni ballenas,

donde puede leerse

pescadero, institución

psiquiátrica desde

mil novecientos treinta.

Capítulo 20

tablas.

cuelgo la tela vulgar en las perchas

del armario empotrado

tras la puerta del dormitorio,

o la desparramo por el suelo,

o la dejo yacente sobre la cama,

o la pendo de un clavo en una pared;

cuelgo la tela, falseo la identidad,

llega la hora del show, súbome

al escenario donde aguarda

la farsa de una realidad sin menosprecio,

hago mías palabras pusieron en estos labios,

a propósito, sin malicia, con intención.

adapto mi mente a la de otros personajes, vidas e ideales,

no hay prejuicios hacia el otro,

en un camerino desprovisto de humildad

descuelgo otra piel y otra me visto.

la punta de los pies los dedos,

abotonada hasta la coronilla.

y no soy yo, soy otro,

ese otro soy yo ahora,

el que fui se ha convertido

en quien no soy,

quién soy, queda claro,

quizás no, yo no soy.

no existo en mí,

desaparezco de cualquier escena.

pero

todos son yo,

soy un ego lleno de todos ellos.

Capítulo 21

medicación.

perder cada momento,
bolsas de plástico hechas
girones sin ser capaces
de soportar el peso
siquiera del aire,
mucho menos tuétanos
a los que sacar la suculencia
de esencia vital.

escalar las alturas de mi cama
entre las mantas marrones,
remedio infalible para los males
tras veinticuatro horas
de alivio
automedicado.

los oídos cerrados confunden
lamentos de animalario,
mientras entre sus vicisitudes permanecen
cuencos de pienso y agua

vacíos.

enroscados en tres ceros,

dos gatos lastimeros,

yo mismo,

el rey, ese rey,

un monarca

pésimo

en la insignificancia

de un reino perdido

sin trono alguno.

Capítulo 22

fácil acceso.

con frecuencia me invade el presentimiento
de que quizás, debido a la locura me mantiene,
pongo las cosas en una fácil disposición
de ser tomadas por la escritora del puntal final.

qué importa cuándo llegue.

y no importa, sea esa la realidad.
si quiere llegar cuando las cosas marchan rotas,
aquí me tiene, aquí mi hoja de vida,
déjame firmarla para así sea oficial.
Dónde firmo, sobre la línea de puntos…
aquí tienes, mis nombre y apellidos.

finaliza el importe.

ahora estampado tu sello,
puesto la última puntuación con destreza,
probablemente vengas de noche,
quizás en el amanecer,

cuando hace más frío y comienza a clarear,

hemos, perdón, quise decir, he,

llegado al final.

pero confiésame, presumís las mujeres

de ser más sinceras en el género,

la verdad,

y esa es,

te lo puse bastante fácil.

Capítulo 23

sándwiches.

Algún iluso

Tuvo la osadía

De ponerme de encargado

De un pequeño bar

De sándwiches.

Todo el día solo

Tras un mostrador

Al que nadie acude.

Viendo pasar las horas

Con sus minutos

Sin ganar un centavo.

Parece ser uno de esos lugares

Donde podré

Escribir en una paz total,

Mientras

En cierto modo

Me pagarán por ello.

Por qué no voy a

Crear

Tal ilusión,

Si de eso

Vive el hombre.

Capítulo 24

plif plaf.

plif plaf, suenan los calcetines
dentro de los tenis empapados,

plif, plaf, como si andara
descalzo sobre mis pies
en cada uno de los charcos.

la ciudad cuasi eterna soleada
se cubre incluso en ocasiones
con nubes viola-soles.

plif, suena un paso, luego otro,
y los hombros encogidos, el vello
de punta bajo la cazadora de cuero,
el pelo cortado a lo mohicano desparrámase como un grifo abierto
entre las arrugas de expresión de la frente.

el arco de mis labios, melancolía en la sonrisa de dientes marrones
de café y cigarrillos, la barba crujiente, el bajo de los pantalones
un cepo sin anclar que a dentelladas

mastica un plaf.

soy el único bicho capaz de resistir

la constancia de esta lluvia,

loco sin locura en un manicomio sin puertas,

chapoteando a los treinta con la alegría de un niño,

todos se han ido,

la calle,

solitaria,

es mía.

Capítulo 25

arte.

el arte,

si alguna vez

conocí arte,

ha muerto.

y los que nos dedicamos a ello

no sólo nos encontramos

más

allá

de ser

pequeños necrófagos,

en un hincar de dientes

sobre su cadáver

verde

e hinchado,

para, al final,

enmarcar

sombras sin proyecciones

donde el marco será

lo más valioso de todo

lo expuesto.

Capítulo 26

ciática.

no era la conciencia
la que me clavara el puñal en los riñones
sino algo más peligroso por su sinceridad.

y lo retorcía, destrozaba
poco piadoso en su acto
el nervio ciático maltrecho
desde que esta mente, si mente había,
tuviera del mundo y sus vidas
el primer recuerdo.

yo, su víctima, que sin quejarse
no moría, iría de allí al
más acá,
cojeando de la pierna derecha
insensibilizada por la hoja de metal,

dormida, sin percatarse de nada.

Capítulo 27

llegará la primavera.

allá fue la primavera de una juventud

tan efímera que no pasó de ser

un soplo de aire rancio

y sin nada por olvidar

al no dejar ni por pulga

un recuerdo.

la siguiente estación ya

lo ha secado todo, cayeron

los pétalos deshidratados por

clavar sus raíces en una tierra

mísera y erosionada.

grietas que recorren las superficies

como si fueran las venas

de una decrépita ancianidad.

Capítulo 28

6:57 a.m. lunes 23 de marzo de 2015

ante la perspectiva de una vida
llena de continuos flashbacks
pierdo de vista el presente
y la gran confusión de su contenido.

un sueño difícil de comprender,
el arredrar de todo encontrarme
a mí mismo despierto.

un charco de baba sobre la almohada
con quinientas formas o ninguna.

un gato a cada esquina
son los ángeles de la guarda
reales que por herencia parécenme
corresponder.

ella a mi lado ronca por el vino
de las botellas desperdigadas y vacías, mientras que mis ojos
inmaculados de las motas del sueño
se ha desvelado sin aviso previo.

así comienza este día,
sin nombre, sin fecha, sin deseos de futuro sino el de llegar a la noche
para acabar cadavérico sobre los tejados
donde no maúllan los gatos, no bailan las hojas, ni llueve, ni protege
de estos delirios del somnoliento.

Capítulo 29

obseso.

me dijo, me miró a los ojos
y me dijo,

eres un obseso.

no supe sacar una digna interpretación
al sentido de sus palabras.

sí recuerdo su mirada fija,
eran los iris negros el más
implacable y sádico miembro
de toda inquisición.

las aletillas de mis narices no hacían caso
sino al aire que se debía respirar
en este finito ir y venir de
pulmones alquitranados.
marmolejo, blanco por el alcohol,
pasado por las drogas, obnubilado
por todas las magníficas ideas
que no eran más que futuros cadáveres
de ese mañana quizás jamás
vistos; toda mi piel se endurecía.
toda.

y digo toda.

eres un obseso.

esas habían sido sus palabras grabadas en la retina
de todos mis hemisferios.
las palabras se repetían, no sólo esas,
todas y cada una de ellas,
soltadas en mi vida por la boca personal, por la ajena.

eres
un
obseso.

ese quizás insulto, quizás cumplido, incluso crítica,

lo tomé como un niño abandonado

a cualquier perrillo callejero.

sí, repliqué en mi respuesta,
pensando en las posibilidades y
en honor a la verdad,
soy un obseso.

Capítulo 30

el nido.

buscando un gato extraviado
desatornillé bajo mi casa
una esterilla de metal.

metí la cabeza
tras lanzar un grito
a la negrura diurna
sin hallar maullido
en su respuesta.

saqué de un cajón cualquiera
una pequeña linterna
con publicidad en torno
donde se veía el logotipo
de una empresa de aspiradoras.

volví a la oquedad
en la base de la casa,
alumbré con al linterna,
me sentí seguro en su haz de luz

y para volver a gritar

metí la cabeza.

segundos más tarde

docenas de viudas negras

brotaron como un enjambre,

algunas recorrían mi cabeza,

yo saltaba por todo el callejón,

las palmas de las manos

revoloteaban por todo mi pelo tan rápido como podían para

deshacerme de la amenaza

de cuerpo negro y estrías rojas.

al mismo tiempo

pisoteaba tantas como me era posible,

el corazón latía a mil,

me temblaba el cuerpo,

el terror de que el gato

estuviera devorado

bajo la casa por las viudas come machos

hizo que se hincharan mis pupilas.

algunas de mis víctima se retorcían

en derredor de mis pies,

las remataría con rapidez,

quería llorar la muerte mi bestia

hasta que al volver a la puerta de casa

vi como el gato

desde la esquina

miraba mi matanza.

Hijo de puta, cuchicheé,

mientras le sonreía sin echar

la barba sobre mis hombros.

entramos en casa,

me tragué una cerveza sin pestañear,

me quité la ropa,

la tiré en la lavadora

sin percatarme que quedara

ninguna de las arañas,

su condenación a la supervivencia

de mi búsqueda

sería una muerte por ahogamiento

entre jabón y suavizante.

desnudo frente al espejo

me tanteé la piel

para seguridad de la integridad de mi salud.

limpio.

en la ducha me atacó

el recuerdo de

estando en andalucía

ver esos documentales

donde contaban todo sobre

la viuda,

la fascinación y el terror

agarrados de la mano,

la calma se traducía en la distancia,

entre ambas especies un océano.

las circunstancias de la vida

a todos afecta y trae a rincones del mundo,

ahora vivía sobre un nido

de un terror de infancia.

Capítulo 31

el listón.

el listón

que siempre debió

mantenerse a cierta altura

cayó en picado

por un mástil

deslizante

untado de vaselina

por la mano

de pseudoartistas

de la incultura pop.

nunca ha existido

genialidad ni genio.

se han proclamado

algunos individuos

dioses de una sociedad decadente.

todos con ojos cerrados

alaban sin mirar la obra,

siguen las órdenes

de la popularidad

perseguida por la mayoría

donde dejaron la piel abandonada

para convertirse

en orgullosos productos sin tacha

con fechas de caducidad.

al prójimo

de ojos abiertos

el único propósito

posible

es aguantar

la respiración

hasta tornarse verde, morado,

azul.

los dedos taponando los oídos,

gritar pensamientos ciertos

en voces altas

y tal vez

evitar

ser un cadáver en el suelo

bordeado con tiza blanca

por la mano

de un funcionario

y una etiqueta colgando

del pie y su dedo gordo

con las letras frescas

formando la palabra

MÁRTIL

en mitad de hollywood

boulevard.

Capítulo 32

extravagante.

la extravagancia de unos planetas
formando una línea recta,
ese universo capaz de quitarnos el aliento,
una pócima desconocida para este veneno,
unas venas sin arterias llenas de ausencia,
el goteo del agua de la ducha,
desde la punta del pene el agua
se suicida en el salto desde mi precipicio,
una serie de palabras sin importancia,
vello en la espalda del animal que soy
que se acorrala a sí mismo frente a los reflejos.

la canasta de la ropa sucia a rebosar,
un olor a cañería impregna las narices,
una toalla húmeda por la última ducha,
un teclear frenético sin nada
que merezca la pena beber.

los dedos, las huellas dactilares,
hechas pasas en peletería de arrugas,
el remordimiento de un trabajo sin futuro,
las facturas sobre la mesa carcomida del salón,
los destellos de una pantalla
sin nada escrito.

charlar con las grandes ideas,
pararlas a gritos en los escalones
del olvido, meter tripa frente a las mujeres, sentir el escozor bajo el vaquero,
de cintura, prieto, viejo, comprado en la universidad.

vientos secan el pelo, aunque estén estancados,
noches de sofá y gritos,
ver grietas donde nada hubo,
no rebuscar en los cajones
bajo la falsa esperanza de llegar
a encontrar
un bote de mal pegamento.

nunca fui capaz de parar lo inevitable,
jamás pude cambiarle su nombre.

Capítulo 33

atrapado en cualquier lugar.

se volvió la vida tan difícil

al perder el sentido de orientación

en un retrete de tan sólo □un metro cuadrado.

pero tengo la suerte,

ésta de forma tremenda,

de encontrar la diversión

en las esquinas más inmundas.

así me quedo aquí,

sin saber qué hacer,

pudiendo hacerlo todo.

Capítulo 34

www.bienvenidosalexilio.com